

Viendo á Jerusalem.

“Jesús se detuvo, una sombra de dolor efusó su semblante.”

La entrada á Jerusalem.



JESÚS se iba acercando á Jerusalem para pasar la fiesta de la Pascua. Iba rodeado de las multitudes que subían también para celebrar allí esta gran fiesta anual.

Por orden suya dos de sus discípulos trajeron el pollino de una asna para que montado sobre él entrara en Jerusalem. Pusieron sus mantos encima del pollino y colocaron á su Maestro sobre él. Cuando la multitud le vió sentado así, prorumpió en gritos de triunfo que llenaban el aire. Le aclamaron como el Mesías, su Rey. Hacía más de quinientos años que el profeta había predicho este acontecimiento, en las palabras siguientes :

“¡ Regocíjate en gran manera, oh hija de Sión ! . . . he aquí que viene a tí tu rey, . . . humilde, y cabalgando sobre un asno, es decir, sobre un pollino, hijo de asna.”¹

La multitud crecía rápidamente y todos se sentían conmovidos y felices. No podían ofrecerle valiosos dones, pero tendieron sus mantos, como alfombra en su camino. Arrancaron las hermosas ramas de las olivas y

¹ Zacarías 9 : 9.

palmeras y las regaron ante su paso. Se les figuraba que estaban escoltando á Jesús para tomar posesión del trono de David en Jerusalem.

Nunca antes había permitido el Salvador que sus prosélitos le tributasen honores como Rey. Pero en esta ocasión quería manifestarse al mundo de una manera especial, como su Redentor.



El Hijo de Dios iba á ser sacrificado por los pecados del hombre. Su muerte había de ser para su iglesia, en todas las épocas futuras, objeto de profunda meditación y cuidadoso estudio. Era preciso, por tanto, que las miradas de todos los pueblos fueran entonces atraídas hacia él. Después de semejantes demostraciones, su juicio, condenación y crucifixión no podrían jamás ser ocultados al mundo. Era el designio de Dios que todos los acontecimientos en los últimos días de la

vida del Salvador fuesen notables y señalados de tal modo, que no hubiera poden que consiguiera relegarlos al olvido.

En las vastas multitudes que rodeaban á Jesús se encontraban las evidencias de su milagroso poder. Los ciegos á quienes el había dado la vista eran los que ahora guiaban la comitiva. Los mudos á quienes había dado el poder de hablar, prorumpían en las mas fuertes aclamaciones y hosannas. Los tullidos y baldados á quienes había sanado, saltaban de gozo y eran los mas activos en arrancar palmas y agitarlas delante de él.

Las viudas y los huérfanos alaban el nombre de Jesús por las obras de misericordia que les había hecho.

Los inmundos leprosos á quienes había sanado con su palabra, ahora extendían sus vestiduras ante su camino.

Aquellos que la mágica voz del Salvador había resucitado de la muerte, estaban también allí. Y Lázaro, cuyo cuerpo había visto corrupción en la tumba, pero quien ahora gozaba de pleno vigor varonil, conducía la cabalgadura del Señor.

Los nuevos grupos que se iban agregando á aquella muchedumbre participaban de la inspiración de esa hora, y unían sus voces á las demás en vivas de triunfo y alegría que resonaban por los montes y los valles:

“ ¡ Hosanna al Hijo de David ! ¡ Bendito el que viene en el nombre del Señor ! ¡ Hosanna en las alturas ! ”²

Muchos de los Fariseos presenciaron esa escena y les desagradó. Sintieron que iban perdiendo el dominio del

² Mateo 21 : 9.

pueblo. Ejercieron su autoridad para asilenciarlos, pero en vano, sus reconvenciones y amenazas sólo aumentaron el entusiasmo de la multitud.

Viendo que no podían gobernar al pueblo, se abrieron paso por entre la gente hasta donde estaba Jesús, y le dijeron :

“¡ Maestro, reprende á tus discípulos !”

Alegaban que tan ruidosas demostraciones eran opuestas á las leyes y no serían permitidas por las autoridades.

Jesús les contestó : “¡ Os digo que si éstos callasen, las piedras clamarían !”²

Esta entrada triunfal estaba ordenada por Dios, y había sido anunciada por los profetas, no había poder humano que la hubiera impedido. La obra de Dios avanzará siempre, á pesar de todo lo que el hombre haga para estorbar ó nulificarla.

Cuando la procesión llegó á la cumbre del monte, frente á Jerusalem, todo el esplendor de la ciudad se presentó ante ella. La muchedumbre cesó de gritar, asilenciada por la súbita vista de tanta belleza. Todas las miradas se fijaron en el Salvador esperando ver en su rostro la misma admiración que ellos sentían. Jesús se detuvo, una sombra de dolor ofuscó su semblante y con asombro le vió la multitud estallar en amargo llanto.

Los que rodeaban al Salvador no comprendían su pena ; pero él lloraba por aquella ciudad que estaba con-

² Lucas 19 : 39, 40.

denada á la destrucción. Había sido su constante anhelo, y su corazón se llenó de angustia cuando comprendió que pronto sería tornada en desolación.

Si su pueblo hubiera seguido los consejos de Dios, Jerusalem hubiera permanecido para siempre. Pudiera



“ LA CIUDAD QUE ESTABA CONDENADA.”

haber llegado á ser reina de naciones, libre con el poder que Dios le diera. Jamás ejércitos hostiles hubieran llamado á sus puertas, jamás los estandartes romanos hubieran ondeado sobre sus muros. Desde Jerusalem la paloma de la paz hubiera tendido el vuelo hacia todas las naciones. Jerusalem hubiera sido la gloria y la corona de la tierra. Pero su pueblo rechazó á su Salvador y estaba por crucificar á su Redentor. Cuando el sol se pusiera esa noche, la suerte de Jerusalem estaría sellada para siempre.*

La noticia fué llevada á los gobernantes que Jesús se

* Cosa de cuarenta años mas tarde, Jerusalem fué quemada con fuego y completamente destruida por el ejército Romano.

estaba acercando á la ciudad con una enorme compañía de sus prosélitos. Salieron á encontrarle con la esperanza de poder esparcir la muchedumbre. Con la apariencia de grande autoridad preguntaron: “¿Quién es este?”³

Sus discípulos, llenos del espíritu de inspiración contestaron:

“Adán os dirá, es la simiente de la mujer que ha de herir la cabeza de la Serpiente.”

“Preguntad á Abraham, él os dirá, es Melquisedec, Rey de Salem, Rey de paz.”

“Jacob os dirá, este es Siloh de la tribu de Judá.”

“Isaías os dirá, Emanuel, el Admirable, el Consejero, el Dios poderoso, el Padre sempiterno, el Príncipe de paz.”

“Jeremías os dirá, este es la Rama de David, el Señor, nuestra justicia.”

“Daniel os dirá, este es el Mesías.”

“Oseas os dirá, es Jehová Dios de los ejércitos, Jehová es su memorial.”

“Juan el Bautista os dirá, He aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.”

“El gran Jehová ha proclamado desde su trono, este es mi Hijo amado.”

“Nosotros sus discípulos, declaramos, este es Jesús, el Mesías, el Príncipe de vida, el Redentor.”

“Y aun el principe del poder de las tinieblas le reconoce y dice, yo conozco quien eres, eres el Santo de Dios.”

³ Mateo 21: 10.

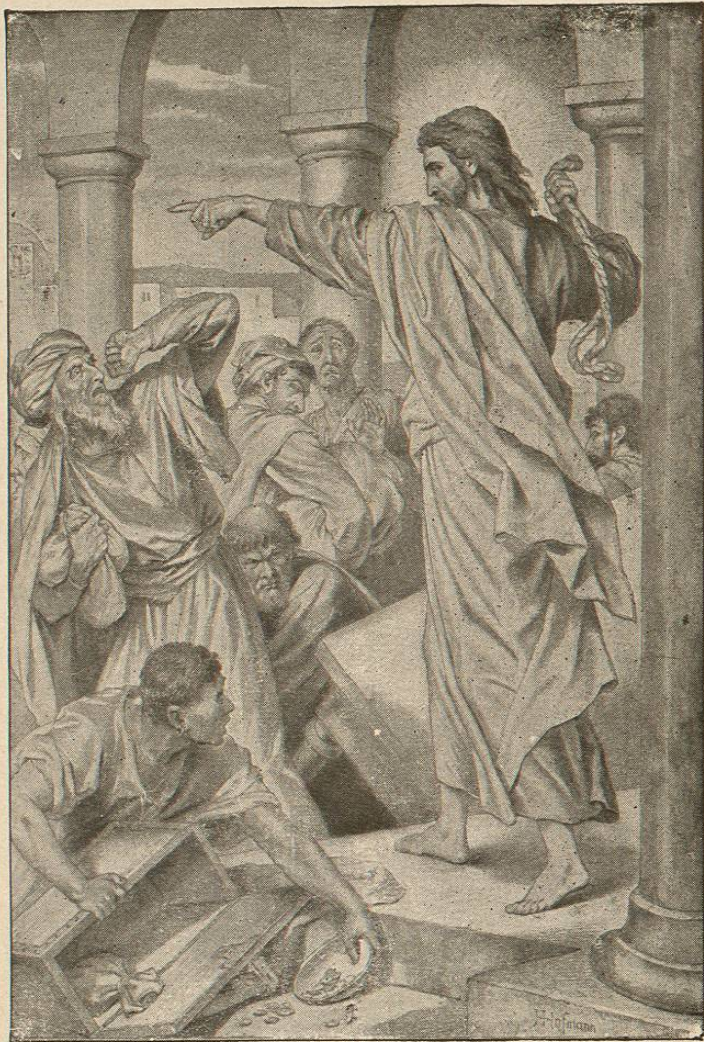
“Quitád de Aquí estās Cosas.”



El día siguiente Jesús entró en el Templo. Allí encontró la misma actividad en la compra y venta de objetos como tres años anteriores cuando él lo había reprendido tan severamente. Así como en aquella ocasión, estaba ahora el patio del Templo lleno de novillos, ovejas y aves. Estos los tenían allí para vender á las personas que desearan comprarlas para ofrendas por sus pecados.

La extorción y el fraude eran usuales entre los que conducían ese reprensible giro. Tan grande era la confusión y el ruido en el atrio que distraía sobremanera á los devotos dentro del Templo.

Una vez más la penetrante mirada del Salvador recorrió el atrio. Todos fijaron en él los ojos. El tumulto de voces y aun el ruido de los animales se apaciguó. Toda aquella gente contemplaba con asombro y temor al Hijo de Dios; porque en aquel momento la divinidad en él se traslució á travez de lo humano, y le impartió á Jesús una dignidad y una gloria como nunca había mani-



[72]

La Purificación del Templo.

“¡Quitad estas cosas de aquí!”

“QUITAD DE AQUÍ ESTAS COSAS.”

73

festado antes. El silencio se hizo casi insoportable. Al fin el Salvador habló con voz clara y sonora, y con tal poder que conmovió á la muchedumbre como el soplo de una fuerte tempestad :

“ Está escrito : Mi Casa será Casa de Oración ; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.”¹

Y con aun mayor autoridad que la que había manifestado tres años antes, ordenó :

“ Quitad de aquí estas cosas.”

Ya aquella vez habían huído los sacerdotes y gobernantes del Templo al sonido de su voz. Después se habían avergonzado de ello, y se propusieron que nunca volverían á ceder de tal manera. Sin embargo esta segunda vez se aterrizaron más, y apresurándose aun más para obedecer su mandato, echaron fuera á sus animales delante de ellos.

Acto continuo se llenó el atrio del templo con los que traían sus enfermos y desvalidos á ser curados por Jesús.

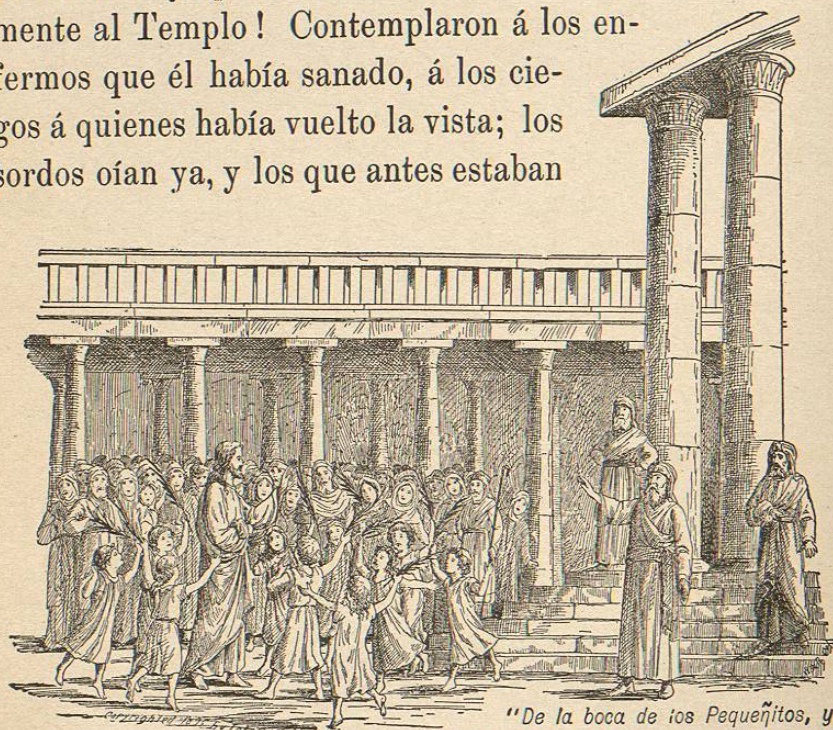
Algunos estaban casi moribundos. Estos pobres afligidos sentían su gran necesidad. Dirigían sus miradas al rostro de Cristo, con el temor de ver allí la severidad que acababa de arrojar de aquel lugar á los que compraban y vendían; pero sólo vieron en sus facciones el amor y la mas tierna compasión.

Jesús recibía á los enfermos con bondad, y las enfermedades y sufrimientos desaparecían al contacto de su mano. El tomaba á los niños tiernamente en sus brazos, calmaba sus quejidos de dolor, y desterraba de sus pe-

¹ Lucas 19 : 46.

queños cuerpos el malestar y las enfermedades, devolviéndolos luego á sus madres sonriendo y rebozando de salud.

¡Qué bella escena aquella que fué presentada á los sacerdotes y gobernantes cuando volvieron cautelozamente al Templo! Contemplaron á los enfermos que él había sanado, á los ciegos á quienes había vuelto la vista; los sordos oían ya, y los que antes estaban



"De la boca de los Pequeñitos, y de los que maman, has perfeccionado la alabanza."

cojos, ahora saltaban de alegría. Escucharon las voces de hombres, mujeres y niños alabando á Dios.

Y los niños eran los principales en el regocijo general. Ellos repetían los hosannas del día anterior y agitaban ramas de palmera ante el Salvador. El Templo resonaba con sus voces:

"¡Hosanna al Hijo de David!"

"¡Bendito él que viene en el nombre del Señor!"²

² Mateo 21 : 9.

"¡He aquí que viene á tí tu rey, justo y victorioso!"³

Los príncipes del Templo trataron de asilenciar el clamor de aquellos felices niños, pero ellos estaban llenos de gozo y de alabanzas de las maravillosas obras de Jesús y no quisieron callar.

Los gobernantes se dirigieron luego al Salvador mismo, con la idea que él les mandaría que callasen. Le dijeron:

"¿Oyes lo que éstos dicen?"

Jesús les contestó: "Sí: ¿nunca habéis leído esto: De la boca de los pequeñitos, y de los que maman, has perfeccionado la alabanza?"⁴

El bendito privilegio de anunciar el nacimiento de Cristo y de promover su obra en la tierra había sido desechado por los altivos príncipes del pueblo. Era forzoso que resonaran las alabanzas de Dios, y para ello El escogió á los niños. Si hubiera sido posible asilenciar las voces de júbilo de aquellos niños, los mismos pilares del Templo hubieran clamado en alabanza del Salvador.

³ Zacarías 9 : 9

⁴ Mateo 21 . 16.